

Leonardo Manrique Castañeda: una visión interdisciplinaria

Erasto Antúnez Reyes*

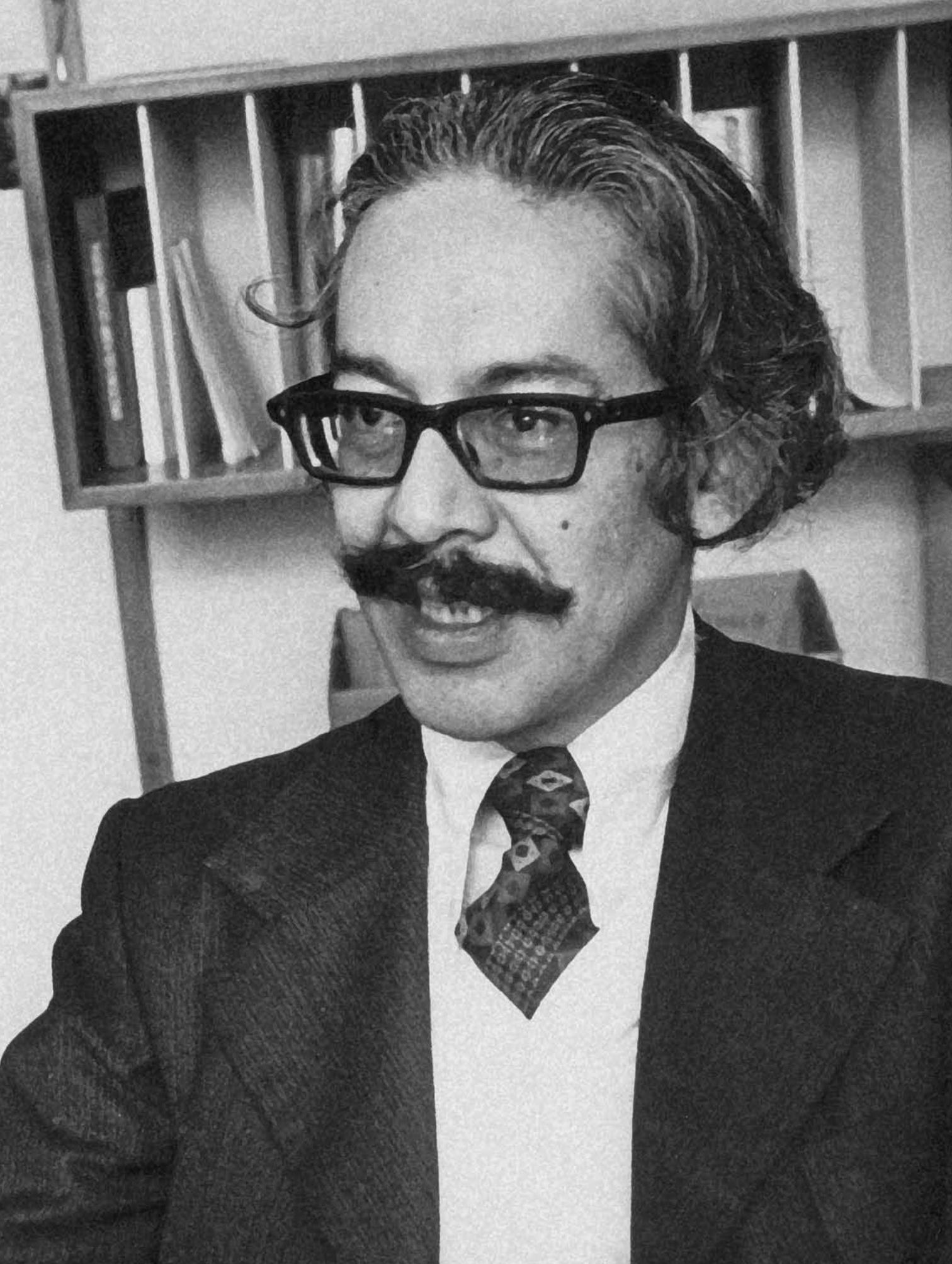
Leonardo Manrique Castañeda nació en Mixcoac, Distrito Federal, el 17 de agosto de 1934. Fueron sus padres los profesores Luis Esteban Martínez Guillén y Teodosia Castañeda y del Pozo, ambos normalistas. Su padre impartía clases de matemáticas en secundaria y enseñaba en primaria; su madre dejó el magisterio profesional para ejercerlo con sus hijos Leonardo y sus hermanos menores, Jorge Alberto e Ignacio. Otros tíos de Leonardo Manrique también fueron maestros, lo que propició un ambiente idóneo para la lectura y el conocimiento. La familia se radicó en la colonia Clavería, cerca de Azcapotzalco. Decía Manrique que vivían “en una casa ya antigua [...] es la casa en la que *el Manco* Manuel González [presidente de México] tenía a la amante” (Grosser L. y Pérez B., 1993: 13). Allí los niños leían libros de temas variados, desde biología hasta historia; por ejemplo, *México a través de los siglos* y *El tesoro de la juventud*.

El ambiente magisterial que se respiraba en el hogar de la familia dio a Leonardo Manrique la posibilidad de una temprana formación, ya encaminada por sus padres, ya por una amplia biblioteca que contaba en su mayoría con libros de historia, matemáticas, leyes, pedagogía e incluso cocina. Además, la cercanía de amigos y familiares conocedores de historia, antropología y biología, entre otras disciplinas, y el intenso periodo de aprendizaje en la secundaria 4, ubicada en San Cosme, enriquecieron los primeros años de los hermanos Manrique Castañeda. Con esos antecedentes Leonardo, consciente desde muy temprano de su interés por aprender y de que la enseñanza sería parte de su vida profesional, decía: “Mis maestros reencauzaron y reforzaron una serie de intereses previos”.

Del mismo modo comprendió que así como tuvo la suerte de encontrar profesores que le transmitieron el interés por aprender, él dedicaría parte de su obra y esfuerzos a divulgar el conocimiento histórico y cultural de México. Los viajes, las lecturas, su conocimiento sobre las culturas prehispánicas mexicanas y su interés por las culturas indígenas vivas despertaron su intención por estudiar en la ENAH, institución de la cual tuvo noticia apenas egresado de la secundaria. Ante la imposibilidad de inscribirse allí por no contar con el bachillerato, encontró la opción de continuar con su formación en la Escuela Normal para que, llegado el momento, emprendiera sus estudios en antropología en la ENAH, donde a la postre cursó, no sin cierta oposición por parte de algunos profesores, las cuatro áreas que entonces se ofrecían: antropología física, etnología, arqueología y lingüística.

La ENAH proveyó a Manrique de múltiples posibilidades intelectuales. A partir de una idea abarcadora del conocimiento antropológico el joven, recién matriculado en los estudios superiores, entendió las distintas áreas de esa disciplina como complementarias. Concibió, por ejemplo,

* Dirección de Lingüística, Coordinación Nacional de Antropología, INAH (erastoantunez@hotmail.com).



Leonardo Manrique, 1976 **Fotografía** Archivo familiar

que la unión de la arqueología y la lingüística lograría mejores resultados cuando se trataba del desciframiento de las escrituras mesoamericanas; de ahí su interés por el trabajo interdisciplinario. Durante el periodo de sus estudios superiores entró en contacto con connotados profesores e investigadores de la historia, la antropología y la lingüística. Su paso por la ENAH, entonces ubicada en el Centro Histórico, lo acercó a personalidades como Pablo Martínez del Río, con quien conoció la arqueología clásica; Pedro Bosch, con quien tomó cursos de prehistoria y protohistoria, lo mismo que con Juan Comas, entonces profesor de antropología física, y a decir del propio Manrique uno de sus principales intereses desde muy joven.

En el ámbito de la lingüística sus principales cate- dráticos fueron Juan M. Lope Blanch, su profesor de lingüística hispánica, y Roberto J. Weitlaner, profesor de lenguas tonales. Asimismo fue alumno de Edward Mosser, que trabajaba la lengua seri, y Frank Robbins, ambos maestros del Instituto Lingüístico de Verano (ILV). Mención aparte merece un distinguido personaje de la lingüística en México, con el que Manrique se consolidó como lingüista: Mauricio Swadesh. Al lado de Roberto Escalante, Susana Drucker y Evangelina Arana, entre otros, Manrique estudió y trabajó con Swadesh hasta cimentar una sólida amistad. En opinión de Manrique, fue él quien orientó el camino de la lingüística en México y gracias a su ímpetu se logró una amplia labor descriptiva de las lenguas indígenas en México, con el objetivo de promover campañas educativas en las comunidades indígenas.

La carrera profesional de Manrique fue diversa como su formación: en aquella se complementaban la docencia, la investigación, así como los cargos administrativos. Entre 1965 y 1966 asumió la dirección de la ENAH, en la que puso en práctica la iniciativa de reorganizar los planes de estudio para actualizarlos, pues en su opinión había que adaptarlos a las nuevas necesidades del país. Con el mismo objetivo intentó elevar a cinco años la carrera de lingüística para obtener el doctorado, asunto que quedó en suspenso a su salida de esa subdirección. A decir de Manrique, la ENAH atravesó por altibajos debido a motivos de toda clase. Su intención fue introducir y consolidar posgrados, tanto maestrías como doctorados, lo cual se logró en algunos periodos, mientras que en otros la institución redujo su oferta académica y se quedó sólo con las licenciaturas.

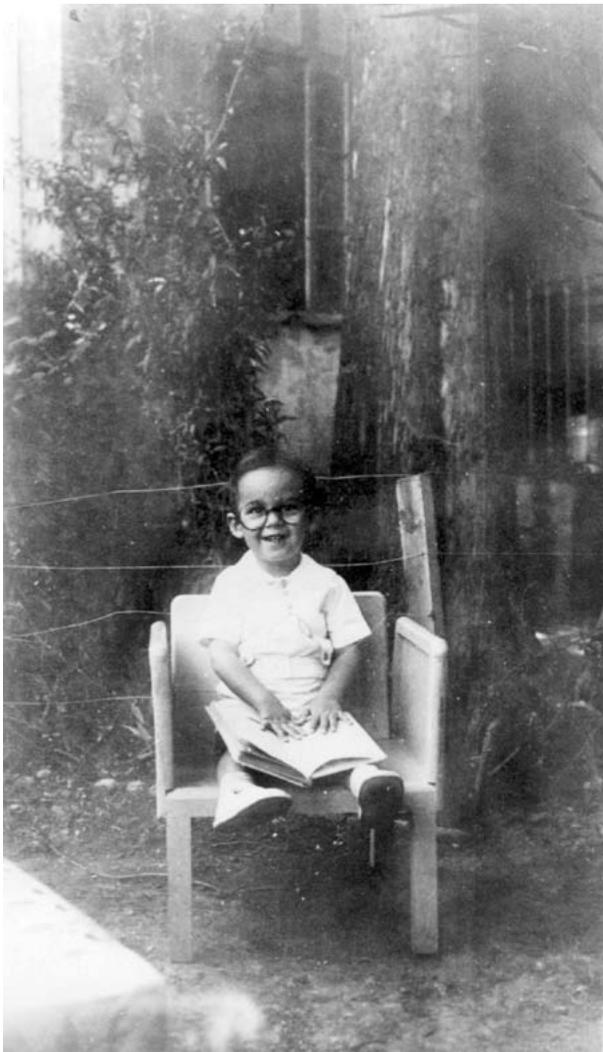
Poco después de su salida de la ENAH se incorporó al recién creado Museo Nacional de Antropología (MNA)

y, al lado de Swadesh, propugnó por la creación de la Sección de Lingüística del recinto, que acababa de ser inaugurado en Chapultepec (1964). Instalada esa sección, quedó a su cargo y emprendió actividades junto con María Cristina Álvarez Lomelí y Roberto Escalante. Sobre esta sección, que dependía del museo, Manrique recuerda:

No había entonces ninguna unidad donde se hiciera perfectamente o exclusivamente lingüística. De manera que cuando dejaba yo la subdirección de la ENAH, se me ocurrió pugnar [...] para crear una unidad dedicada a la investigación lingüística –en donde hubiera nada más lingüistas– con funciones similares a las que tenían otras secciones del museo; es decir, por una parte recuperar, rescatar material, sobre todo de las lenguas y dialectos indígenas poco conocidos o en peligro de extinción; por otra, conservar estos materiales y [hacer] copias de materiales coloniales, manuscritos que todavía están por estudiarse en parte, y después también producir análisis descriptivos, glotocronología, es decir, estudios complementarios como geografía lingüística, historia de las lenguas y proseguir estudios sobre las lenguas mesoamericanas. Logramos crear esta sección, aunque fuera en un rinconcito del museo [...] donde cabía un solo escritorio (*ibidem*: 44)

De esa forma Manrique se afanó en fortalecer la presencia del trabajo lingüístico en el MNA, con la intención de que al igual que se realizaban salvamentos en arqueología y antropología física, la disciplina lingüística se viera representada por medio de códigos y cualquier objeto referente a las lenguas y el lenguaje. Poco después fue invitado a Paraguay a impartir cursos de lingüística y antropología, al tiempo que fungía como asesor del Departamento de Asuntos Indígenas de ese país y atendía un cargo diplomático.

Su cercanía con personajes como Edward Mosser y Frank Robbins, ya como alumno, ya como colega de éstos y otros miembros del ILV, le permitieron valorar la labor de descripción lingüística de esta institución, aunque Manrique, miembro en la década de 1980 del patronato, criticaba algunas actitudes, como cuando menciona: “Ellos dicen [el ILV] que traducen obras de alto contenido moral y ético” (*ibidem*: 39), aunque en la práctica el contenido moral y ético se reducía al contenido de la Biblia, de manera que se centraban en la traducción de esta obra a todas las lenguas indígenas, labor que desde luego no era fácil ni despreciable. Sin embargo, siempre respetó su labor lingüística en el



Leonardo Manrique a los tres años de edad (1937) haciendo lo que siempre le gustó: leer **Fotografía** Archivo familiar

país y la práctica académica de algunos de sus miembros en distintas instituciones, incluida la ENAH. Al ILV siempre le reconoció sus aportes a los estudios lingüísticos en México por parte de grandes genios de la disciplina, entre ellos Kenneth L. Pike.

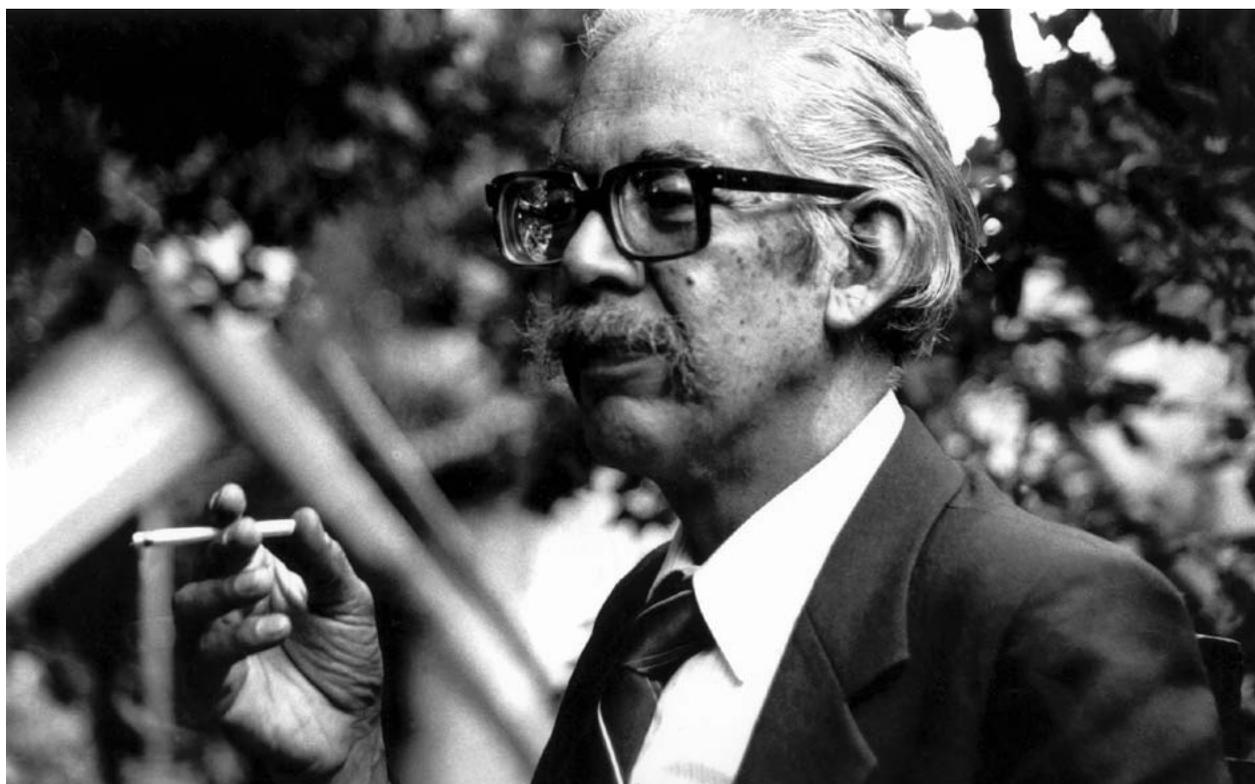
En 1970 la Sección de Lingüística del MNA se transformó en el Departamento de Lingüística del INAH, y para 1988 se convirtió en la Dirección de Lingüística. A este grupo de trabajo se le unieron investigadores del Instituto de Investigaciones Antropológicas, y en conjunto con el Instituto de Investigaciones Filológicas y el Centro de Estudios Mayas emprendieron una amplia labor descriptiva de las lenguas indígenas, al grado de que el propio Manrique expresaba a principios de 1990: "No podemos decir que no hay, básicamente, lengua que no esté documentada. Claro, faltan dialectos importantes, variantes regionales de una que otra lengua que quedan por estudiar; pero, básicamente, todo el patrimonio lingüístico de México está al menos documentado" (*ibidem*: 45).

Muestra de esta expresión de Manrique es su extensa producción escrita, tan variada y prolífica como valiosa y edificante para una lingüística mexicana que en la segunda parte del siglo xx consolidó su papel en la compleja labor del estudio de la historia y cultura nacionales. Escribió artículos, folletos, noticias, reseñas; además, tradujo del inglés importantes obras, lengua en la que él mismo redactó algunas de sus investigaciones. Como conocía toda la antropología, escribió sobre antropología física, artículos de arqueología, mientras que en lingüística abordó temas como la clasificación lingüística, sobre todo, aunque no en exclusiva, de las lenguas mesoamericanas, la clasificación de las lenguas otopames, la naciente lingüística computacional y el origen del lenguaje, una de sus pasiones a lo largo de su vida.

Asimismo realizó trabajo de rescate documental y publicó gramáticas coloniales. Entre sus obras más importantes podemos mencionar sus artículos "Descripción estructural de una muestra de la escritura maya", "Fray Andrés de Olmos: notas críticas sobre su obra lingüística", "Clasificación otomí-pame", "Gramática pame", "La cerámica del Altiplano"; su libro *Antropología física*; el folleto *Historia general de la América indígena*, y el catálogo *Los códices de México*, entre varias decenas de artículos y colaboraciones, como su aportación al *Atlas de lingüística* y un número indeterminado de trabajos inéditos.

Los intereses heterogéneos del profesor Manrique siempre tuvieron como eje principal las culturas mesoamericanas y las lenguas de México y su historia, desde el poblamiento de América hasta el presente. En el panorama actual de los estudios lingüísticos de la Dirección de Lingüística destaca el aporte inapreciable que hizo a los estudios lingüísticos de Guerrero, pues realizó una profunda investigación sobre los estudios coloniales –es decir, los españoles– y se basó en los eruditos del siglo xix como Manuel Orozco y Berra.

Otro de sus aportes para el conocimiento de la historia de las lenguas de Guerrero fue la clasificación de sus lenguas, tanto desaparecidas como vivas, a partir del estudio de éstas y otras fuentes históricas, al apoyar también sus estudios en obras del siglo xx, como las de Wigberto Jiménez Moreno y Miguel Othón de Mendizábal. Su amor por las lenguas mesoamericanas le permitió hablar de las lenguas de Guerrero, y sus estudios le permitieron identificar algunas de las lenguas extintas en la entidad, como el tepuztecatl-tlacotepehua, xilotzinca, cuyumateca, yuca, pinotl y chontal (Manrique,



Leonardo Manrique, 1991 **Fotografía** Archivo familiar

2007: 495), lo mismo que el cuitlateca, recientemente extinto y que tal vez se emparentó con algunas de las lenguas antes mencionadas (Manrique, 1996: 59), lengua descrita por Roberto Escalante, al que Manrique reconoció los resultados de su valioso y singular método de rescate. También se refirió al matlatzincua y matlame, que no están extintas pero dejaron de hablarse en el estado. Respecto a las lenguas vivas de Guerrero, avaló la dialectología del náhuatl en los grupos *tl*, *t* y *l* propuesta por Una Canger.

Toda biografía de Manrique estaría incompleta si no hiciéramos referencia a su acendrado interés por la difusión de la antropología y, en particular, de la lingüística, disciplina que él mismo decía era la menos comprendida por el público. Fue así la intención del profesor dirigirse a un mayor número de lectores. Y ésa fue desde siempre una de las críticas que Manrique hacía al trabajo del ILV: elaborar obras breves y dirigidas sólo a los hablantes de lengua indígena, que impedía que los lingüistas de otras instituciones hicieran uso de sus materiales, ya no digamos el lector común. Su magisterio se repartió entre alumnos de las diferentes especialidades de la antropología, a veces, quizá, en detrimento de la propia lingüística. De esta manera puede decirse que se perdió su figura, ideas y teorías, que siempre fueron sugerentes. En sus obras publicadas y en el cúmulo de trabajos inéditos, lo mismo que

en el ejemplo de su afanosa curiosidad, los lingüistas de hoy pueden encontrar muchas nuevas pistas a seguir para nuevos acercamientos a las lenguas de México, su historia y la de sus hablantes.

Bibliografía

- Grosser Lerner, Eva y Benjamín Pérez González, "Leonardo Manrique Castañeda (entrevista)", en Martha C. Muntzel y Bruna Radelli (coords.), *Homenaje a Leonardo Manrique*, México, INAH, 1993, pp. 9-45.
- Guzmán Betancourt, Ignacio, "Bibliografía de Leonardo Manrique Castañeda", en Martha C. Muntzel y Bruna Radelli (coords.), *Homenaje a Leonardo Manrique*, México, INAH, 1993, pp. 141-152.
- Manrique Castañeda, Leonardo, "Historia de las lenguas indígenas de México", en Beatriz Garza Cuarón y George Baudot, *Historia de la literatura mexicana. Las literaturas amerindias de México y la literatura en español del siglo XVI*, México, Siglo XXI, vol. 1, 1996, pp. 51-83.
- Manrique, Leonardo, "El panorama de los estudios lingüísticos de Guerrero", en Gloria Artís, Miguel Ángel Rubio y Mette Marie Wachter, *Guerrero: una mirada antropológica e histórica*, México, INAH, 2007, pp. 493-498.
- Zúñiga, Rosa María, "Reconstrucciones lingüísticas efectuadas por Leonardo Manrique", en Martha C. Muntzel y Bruna Radelli (coords.), *Homenaje a Leonardo Manrique*, México, INAH, 1993, pp. 135-140.